



# MITTERRAND

## ESPERANZA DE LA IZQUIERDA FRANCESA

Por **JUAN ALDEBARAN**

**C**ONOCI a François Mitterrand cuando era ministro en el Gobierno de Mendes-France. Un ministro de treinta y siete años —y lo era ya desde seis años antes— que saltaba de Gobierno a Gobierno, con esa ductilidad que tuvieron los radicales bajo la Cuarta República; tanta, que llegaron a hacer estallar el partido que había sido la espina dorsal de Francia durante tantos años. Fue una curiosa época en la que Francia se convirtió en un reflejo formal de los Estados Unidos: o, más bien, de una idea de los Estados Unidos. Mendes-France bebía altos vasos de leche en la Asamblea Nacional y pronunciaba amistosas, íntimas charlas por el micrófono de la radiodifusión francesa al estilo de las «Charlas junto al fuego» de Roosevelt —no en vano había vivido un exilio en los Estados Unidos—. Había a cada momento conferencias de prensa. El semanario gubernamental, «L'Express», imitaba tímidamente la fórmula de los «magazines» clásicos de Nueva York, «Time» y «Newsweek» (últimamente ha perdido esa timidez y los ha copiado, pura y simplemente). En aquel escenario, Mitterrand representaba el papel del joven ministro deportivo —jugador de tenis—, sin compromisos políticos, de lenguaje directo —«speaking frankly» según, también, una fórmula americana— y hasta de puños preparados siempre para llevar al terreno del pugilismo una alusión demasiado personal hecha desde la tribuna. Podía ser a Mendes-France lo que Kennedy a Roosevelt el delfín, el aprendiz, la esperanza. «Mitterrand es una esperanza: una de esas esperanzas que duran toda una vida», decía, **SIGUE**



Durante la ocupación alemana, Mitterrand logró escapar de Francia y llegar a Argel para ponerse a las órdenes de De Gaulle. Cuando éste entró en París, después de la derrota del Reich, Mitterrand le acompañó. Pero ya entonces ambos se repelían. El próximo diciembre se enfrentarán.

## MITTERRAND

irónico, uno de sus enemigos. Otros le llamaban «Mitterrand-la-Violence». El cronista de la época, el viejo novelista católico François Mauriac, que escribía cada semana las vicisitudes del joven Gobierno en «L'Express», diría de él: «Me gusta este Mitterrand... Es un muchacho novelesco. Quiero decir, que es un personaje de novela. Ha surgido, a unas leguas de mi casa, del terruño de Charente, como Rastignac». Rastignac representa, en la novela francesa, la ambición, la noble codicia: el grito apasionado en la noche, sobre las luces de la ciudad: «París, tú serás mía». (Mauriac, después, desertó de aquel equipo demasiado joven para él, se fue hacia De Gaulle, cambió la novedad de «L'Express» por el clasicismo de «Le Figaro», donde aún canta cada semana, con pasión fría de vieja beata, las excelencias del general.)

En la novela de Mitterrand hay también, como en la de Kennedy, una aventura de guerra. Era sargento del 23 R. I. C. —no quiso ser oficial, a pesar de sus títulos universitarios, porque no le gustaba el Ejército— cuando fue herido y hospitalizado, y después prisionero. Desde que fue conducido al campo de concentración no tuvo más obsesión que evadirse. Intentó una vez; fue sorprendido y castigado. En un segundo intento fue conducido a un campo disciplinario. Su tercera fuga fue la buena: caminando de noche, ocultándose de día, llegó a Francia donde se enroló en la resistencia y osó intervenir públicamente en un mitin de Marcel Déat, para denunciar el colaboracionismo, lo cual le valió una cita por Radio Londres. Una nueva aventura: la fuga de la Francia ocupada —pasando por Vichy— para llegar a Argel y ponerse a disposición del general De Gaulle, con el nombre clandestino de «capitán Monnier» —para evitar represalias alemanas sobre su familia, que aún vivía en Francia—. Desde aquel día de otoño de 1943 hasta hoy, De Gaulle y él se han repelido mutuamente... En aquel momento el joven Mitterrand entregó su vida a ocuparse de los prisioneros y de los ex combatientes, ocupando un cargo de secretario general de ministerio y fundando un periódico que se llamó «Libres». Un pequeño partido de origen radical —la UDSR, de René Pleven— acoge en 1946 a este hombre de treinta años que ha intentado el periodismo —incluso como editor de la revista «Votre Beauté», el derecho, la literatura. En los tres meses que van de las elecciones de 1946 a enero de 1947 la conquista del poder es fulgurante: diputado primero, ministro inmediatamente. No dejará ya de ser ministro durante diez años —salvo breves interrupciones—, en once Gobiernos distintos; será continuamente diputado, presidente de su partido, Ministro de Ultramar, lanzará los primeros lazos de la cooperación hacia países que pronto van a ser independientes, constituyendo un embrión ya de lo que pudo ser la Comunidad —a imitación de la Commonwealth británica— y no llegó a serlo. Ministro de Información, orientaría definitivamente la televisión francesa hacia un camino de independencia técnica que la liberase de las grandes empresas norteamericanas. Ministro del Interior, tuvo que enfrentarse por primera vez con el estallido de



François Mitterrand hablando para la radio. Sus enemigos le llamaban: «Mitterrand-la-Violence».

la violencia argelina el 1 de noviembre de 1954. Se ha especulado mucho sobre la posición de Mitterrand de entonces. Sin duda, como Mendes-France, veía que el porvenir de Argelia iba a ser similar al de Indochina y Marruecos, que estaban entonces obteniendo sus independencias gracias al diálogo con el nuevo Gobierno; creyó que iba a poder negociar con Ferhat Abbás, el moderado farmacéutico de Sétif, y que podría ofrecer a Francia la solución del problema (que apuntaba) de una manera pacífica y tranquila, mediante la «integración» de Argelia, es decir, la concesión de todos los derechos de la ciudadanía francesa a los musulmanes de Argelia. Si la extrema derecha y los colonos argelinos no se hubieran opuesto a ello ferozmente, la idea hubiese podido abrirse paso. El estallido de violencia apa-

reció para el también violento Mitterrand como una cuestión personal, y pronunció una frase que se ha hecho célebre: «La única negociación es la guerra. Porque Argelia es Francia». De la verdadera actitud de Mitterrand, respecto a ese problema, puede dar muestra el que luego haya sido blanco de los ataques de la OAS y de la extrema derecha. Pero esto constituye uno de los puntos oscuros de su carrera, que tiene varios (otro es el de haber sido condecorado por el Gobierno de Vichy con la «francisca», la condecoración inventada por Pétain, por su trabajo en favor de los prisioneros y deportados).

Por muy americanista, lácteo y aséptico que quisiera ser el Gobierno francés, no po-

Guy Mollet, líder socialista (S.F.I.O.), ha ofrecido a Mitterrand el pleno apoyo de sus huestes.



Mendes-France es como el maestro político de Mitterrand. También él sostiene su candidatura.



día evitar el fondo romántico que siempre ha dominado la política francesa, el fondo novelesco de capa y espada. De esta forma Mitterrand se vio envuelto, como ministro del Interior, en el rocambolesco asunto que se llamó «de las fugas». De pronto se descubrió que las actas del Comité de Defensa Nacional, que es la organización militar más secreta de Francia, eran perfectamente conocidas del partido comunista y de varias Embajadas, amigas y enemigas. Esto dio origen a una serie de extrañas peripecias de espionaje y contraespionaje, en las que los policías de distintos servicios se detenían unos a otros, aparecían agentes dobles, surgían copias de las actas por todas partes. Apareció un curioso personaje, el comisario Dides, un gigante agresivo, que de esta aventura saldría diputado por la extrema derecha; el agente doble Baranés, personaje turbio que iría a parar a la cárcel. Y, finalmente, se descubriría que todo había sido una maquinación contra Mitterrand y que los documentos «descubiertos» eran falsos. Su gran enemigo, Bidault, lo reconoció así en la Asamblea Nacional.

Otra aventura misteriosa aguardaba a Mitterrand cuando ya había caído en el ostracismo y la soledad, como consecuencia del advenimiento al poder del general De Gaulle. Es el «Asunto del Observatorio», del que ya se ha ocupado TRIUNFO. Otro misterio en la vida de Mitterrand. Nunca se ha aclarado si realmente fue una maquinación de la OAS para desprestigiarle, un atentado contra su vida o una maniobra del propio Mitterrand para recuperar la actualidad pública.

Estos años de ostracismo y oposición le han dado una nueva madurez. Su desgracia—voluntaria—comenzó el día en que en la tribuna de la Asamblea Nacional votaba

Tixier-Vignancourt, candidato a la Presidencia en las próximas elecciones por la extrema derecha.



En octubre de 1959, Mitterrand denunció haber sido objeto de un atentado. Este asunto nunca estuvo claro. Se dijo que había sido una maniobra preparada por él mismo para salir del ostracismo en que había caído.

contra el nuevo Gobierno del general De Gaulle. «No es posible—dijo aquel 2 de junio de 1958—aprobar un Gobierno que aparece bajo la amenaza de la insurrección». Pero De Gaulle obtuvo 329 votos sobre 224, y Mitterrand disolvió su grupo parlamentario aquella misma noche con una frase casi profética: «Es inútil que sigamos juntos. De Gaulle ocupará el poder durante diez años...». Han transcurrido siete, y ahora Mitterrand se alza frente al poder del general; sigue siendo «una esperanza», y nadie puede decir si será una esperanza de las que duran toda la vida...

¿Qué ha hecho Mitterrand durante estos ocho años? Perdió su escaño de diputado, obtuvo uno de senador, volvió otra vez a la Asamblea Nacional. No ha cesado de intervenir contra Debré, contra Pompidou, contra los emisarios del general, llamados Primeros Ministros. Ha viajado a China, de donde volvió con un libro, «El desafío chino». Ha escrito un libro contra De Gaulle, «El golpe de Estado permanente». Su pluma es incisiva, dura: no tanto como su palabra, como sus preguntas agudas en la Asamblea, como su enorme sentido de orador que pulsa al público que le escucha, le sacude, le conmueve. Durante este tiempo, su violencia ha madurado en una mayor sensatez, en un cierto florentinismo. Sus trazos se han espesado, su cuerpo ha tomado peso. Ya no es el «muchacho novelesco», ya no es el niño prodigio de los ministerios de la Cuarta República. Ahora tiene cuarenta y nueve años y una larga experiencia detrás, un conocimiento profundo de la política.

Con todo ello ha conseguido hacer lo que no había logrado nadie desde el Gobierno provisional de la posguerra, desde hace dieciocho años: reagrupar la izquierda, conseguir que radicales, socialistas y comunistas tengan, si no un programa común, un objetivo común. El mismo es ese objetivo, en tanto que candidato a la Presidencia de la República. La alianza está prendida con alfileres. El líder socialista, Guy Mollet, parece arrepentido de haberse dejado arrastrar hacia sus peores enemigos, los comunistas, y duda de si apoyar la candidatura de Pinay: el socialismo francés prefiere la derecha. Ya ha anunciado que su equipo votará a Mitterrand en el primer turno electoral, pero que si hubiese un segundo turno, votaría a Pinay (1). La izquierda moderada ha comenzado a hacer otras gestiones: convenir a Mendes-France de que recoja esto que ha creado Mitterrand, le aparte y se ponga él al frente. Mendes-France no se decide. Entre otras razones, porque no quiere presentarse contra De Gaulle, y no sabe aún si De Gaulle será o no candidato a la Presidencia.

En resumen: Mitterrand no ha salido del estadio de la esperanza. Pero ha conseguido dársela a una izquierda que aparecía en principio como derrotada y deshecha.

J. A.

(1) En unas declaraciones hechas por Mitterrand, con posterioridad a las de Guy Mollet, el candidato de la izquierda ha dicho: «Guy Mollet me sostiene lealmente... El partido socialista me sostendrá totalmente, plenamente y hasta el final». (Nota de la Redacción.)